

Fuentes, J. L. (Coord.). (2019). *Ética para la excelencia educativa*. Madrid: Síntesis, 198 pp.

Nos encontramos ante una obra que propone potenciar la idea de una formación ética a partir de una educación centrada en desarrollar todas las dimensiones del ser humano. Un planteamiento educativo basado en la acción y la reflexión, a partir de conceptos filosóficos y de una visión del ser humano particular, justificado en los problemas originados por los cambios sociales, económicos, políticos, científicos, tecnológicos, y su íntima relación con las personas y los entornos que forman parte de procesos educativos.

El libro se presenta con una breve introducción donde se exponen problemas, medios y fines de la educación a través de la ética, su necesidad en la actividad educativa, justificando así la génesis y utilidad del libro. Le sigue el desarrollo teórico: postulados sobre la ética en la educación; definición y descripción de los agentes participantes en el proceso educativo; el entorno físico y virtual; y por último aprendizajes, estrategias y evaluación para el desarrollo de la ética en la educación. Se estructura en diez capítulos formalizados con: un breve resumen inicial introductorio, a este le sigue la materia a tratar desplegada y explicada, para concluir con un apartado de reflexión donde se proponen ideas relacionadas con el tema expuesto, sin redundar en lo dicho y, en algunos casos, incluyendo un razonamiento ampliado. Como cierre se proponen actividades relacionadas con la información que se ha ido aportando. El libro termina con

dos apartados informativos: un glosario de conceptos relacionados con la educación y una selección de la bibliografía más relevante.

Adentrándonos en el contenido del libro descubrimos la potente influencia humanista sobre la educación y lo que acarrea. Tomar el concepto de *libertad* como base de toda acción humana, como hacen los autores, implica una deliberación y una elección en cada acción que realice la persona y, por consiguiente, una *responsabilidad*. Esto supone que cada uno debe valorar las repercusiones que va a tener su actividad y dar respuesta a las consecuencias de sus actos. Pero no existe acción humana sin un *fin*, el cual tiende a ser bueno, «todo acto libre busca el bien» (p. 17). Aunque pueden ser de distinta naturaleza, cabría destacar la diferenciación entre el *bien relativo*, lo que es bueno para uno mismo y el placer propio; y el bien absoluto, basado en la repercusión en los demás y condicionado por la voluntad, *bien moral*.

Sustentada por estos fundamentos éticos, con gran influencia aristotélica, se muestra la tarea educativa como una actividad totalmente moral. Educar es un acto libre y además tiene un fin, la búsqueda de un bien. Esto implica dos versiones: la relativa y aparente, que referenciaría a un desarrollo del estudiante centrado en la eficacia, destreza, habilidad, conocimiento, competencia en el campo del saber; y otra que sería el bien verdadero y absoluto, defendido por los autores, que sería la *plenitud vital*, la vida plenamente humana. Con ello, entran en conflicto la tarea educadora y la libertad del educando, cuya solución

planteada es asumirla como una ayuda a crecer. La concepción del crecimiento, estrechamente vinculada con las ideas de Leonardo Polo, no se refiere a un proceso biológico sino a un crecimiento como ser humano, un ser perfectible a través de los hábitos que se adquieren al actuar bien: mejora el mundo con sus acciones y a la vez la acción le cambia a sí mismo. Además de proporcionar recursos, el educador, debe enseñar a elegir bien, actuar bien.

La tarea educativa entendida desde un plano socio-político y económico, como profesión, es indispensable vincularla a la búsqueda de la excelencia y al mejoramiento en los aspectos técnicos. Pero los autores, aun así, ven la función docente como un conjunto de profesionalidad y vocación, entendida esta como una necesidad interior hacia el acto de educar, una profesión de ayuda al ser humano. Ello proporciona unas señas de identidad, virtudes, hablando en términos aristotélicos, que lo definen como profesional. Según los autores, debe ser un humanista, y *saber bien*, como búsqueda de la verdad que da camino a la libertad. Es una autoridad benevolente, desde un punto de visto positivo, como persona buena que infunde respeto porque es una persona que respeta. Por último, es atento, tanto en la mirada como en la escucha a los demás, reconoce la diversidad y la complementariedad de las diferencias.

Efectuando una giro en la mira, cambiando lo expuesto del plano ideal al real, se nos hace imprescindible hablar de todo aquello que envuelve e influye al ser humano de manera taxativa. El contexto, a nivel meso, es aquel donde

se llevan a cabo las relaciones sociales públicas y donde situaríamos las instituciones educativas. Estas deben proporcionar una formación como persona y participar activamente en la sociedad, tienen que asumir institucionalmente una responsabilidad y un compromiso, en este caso, social. Para ello los códigos éticos servirían de guía unificadora en la acción educativa a todos los niveles. El nivel macro, contexto donde está contenido el conjunto de la sociedad, es la mayor fuente de influencia en la vida cotidiana de los seres humanos. Por ello los autores ponen especial atención a los avances tecnológicos y científicos que se dan ahí, especialmente los que influyen en la educación. Asuntos como la Inteligencia Artificial o tecnologías convergentes aplicadas a los procesos educativos, junto con los avances en la neurociencia y sus implicaciones son temas expuestos en el libro. Pero el ciberespacio como entorno, espacio virtual relativamente nuevo, ha supuesto un gran abanico de posibilidades temporales y espaciales con las cuales las personas no estaban familiarizadas. De ello emanan grandes reflexiones sobre qué impacto tienen, cómo es la adaptación, qué implica en las relaciones interpersonales, qué pueden aportar a la educación y a la ética.

Por otro lado, la educación tienen un fin, pero habrá que determinar qué y cómo educar. Conforme se desgrana en el texto se intuye la gran importancia de la ética tanto en la acción humana de los profesionales, como de los educandos. Por qué enseñar comportamientos éticos tiene una respuesta clara, la educación aporta los aprendizajes éticos para la formación moral de la persona.

Este hecho posibilita el *vivir bien*, en un sentido técnico y ético sería «actuar en función de lo que nos hace falta de forma coherente con lo que somos» (p.154), y el profesor va a ser el principal ejemplo a seguir en el proceso educativo. Esto lleva a preguntarnos, ¿todas las personas podrían ser educadoras?

La posmodernidad, y sus principios, también ha puesto en duda la viabilidad de la ética, cuestiona las autoridades morales, o minusvalora la aportación que proporciona. Además, existe una concepción instrumentalista muy limitada de la educación, como objetivo principal el desarrollo económico. En este sentido, para los aprendizajes éticos se propone un contexto particular, un *ethos*, el cual tenga unas cualidades determinadas para que se dé este tipo de aprendizaje. Se le da un valor primordial a la práctica, y el perfeccionamiento de ella regulado por diferentes virtudes, de las que de entre todas ellas destaca la *phronesis*, prudencia o sabiduría práctica. En el libro se diferencian tres aprendizajes diferentes, uno cognitivo que se centra en el conocimiento de los términos y definiciones de los conceptos claves relacionados con la ética. Un segundo aprendizaje conductual donde se dan los espacios necesarios para llevar a cabo las acciones, y un tercero que tiene que ver con lo afectivo, la voluntad y motivación para actuar bien, o la experiencia de ciertos comportamientos morales. Y para ello se proponen dos medios: las producciones culturales, y la *vida examinada*, hacer una reflexión constante sobre cuestiones como ¿qué somos? ¿qué queremos ser? ¿qué estamos haciendo?

Por último, toda acción necesita una reflexión sobre cómo se ha desarrollado y sus logros. Esto lo proporciona la evaluación, procedimiento, que como explican los autores, no es sencillo, pero que tendrá una influencia en futuras acciones si es tomada como un proceso formativo, «proporciona información para ser utilizada como retroalimentación para la mejora del aprendizaje» (p.182). Para obtener el máximo beneficio en todos los aspectos relacionados con el aprendizaje ético se exige una participación activa de todos los actores, la capacidad crítica y reflexiva de para valorar sus acciones y llevar a cabo una mejora significativa, poniendo el foco de atención en la implicación que debe tener el alumnado.

En conclusión, encontramos una guía para profesionales de la educación que quieran aportar una dimensión ética a sus quehaceres, fundamentada en una teoría moral de la educación relacionada con Aristóteles, J. Dewey, K. Kristjánsson, D. Carr, Noddings o H. Jonas, entre otros. Además, se incita a la reflexión sobre aspectos vitales de la educación. En relación a los cambios contextuales, quizá necesitaría una aportación más explícita y una profundización sobre el impacto de las nuevas tecnologías y su aplicación, además de apoyarse en avances neurocientíficos o psicológicos que existen sobre la moral, de los cuales hacen una mínima referencia, pero que servirían como complemento y podrían clarificar algunos de esos conflictos y problemas que plantean en el libro.

David González-Llopis  
*Universidad Complutense de Madrid*